

LA TRANSICIÓN POLÍTICA EN EL PERIODISMO DE CAMILO J. CELA: UNA APROXIMACIÓN

Carlos X. Ardavín Trabanco
Universidad de Trinity, San Antonio

Al comienzo de su biografía de Cela, Ian Gibson registra con cierto lujo de detalles –y muy celianamente, por cierto– los últimos días de la vida del autor de *La familia de Pascual Duarte*. Escribe el hispanista irlandés que

Camilo José Cela murió a las siete de la mañana del jueves 17 de enero de 2002, festividad de los santos mártires Espeusipi, Eleusino, Meleusipo y Leonila. Tenía ochenta y cinco años. Desde hacía semanas se sabía que la salud del Nobel, que llevaba un marcapasos, se había resquebrajado gravemente, de modo que, cuando el lunes 14 fue ingresado en la clínica Cemtro, de Madrid, aquejado de una insuficiencia cardiopulmonar, todos los medios de comunicación estaban alertas. Al día siguiente Cela había escrito desde su cama el que iba a ser su último artículo para *Abc*, dedicado a su amigo José María Sánchez Silva, hace poco fallecido. (15)

De esta cita destacan dos circunstancias que me parecen muy significativas: la conocida disciplina con que Cela afrontaba el oficio de la escritura, no descuidado ni siquiera en su lecho de muerte,¹²⁶ y el hecho de que sus últimas líneas escritas fuesen precisamente de índole periodística. Esta escena evocaba otra muy parecida, pero

¹²⁶ En este sentido, Camilo J. Cela Conde asevera que su padre era, “al margen de lo que pudiera parecer a los ojos del lego, un hombre ordenado hasta la enfermiza obsesión”, y un escritor que tenía como invariable norma y fórmula segura “diez horas diarias de trabajo, sin excusa ni pretexto” (17, 197).

ocurrida treinta y siete años antes en el madrileño Sanatorio de San Francisco de Asís: César González-Ruano, maestro y amigo de Cela, escribiendo su cotidiano artículo también para el *ABC*, mientras la enfermedad le consumía ya sin remedio.¹²⁷

Traigo a colación estas referencias porque de las diversas facetas creativas de Cela, la periodística es la menos analizada de forma crítica. Si bien es cierto que la misma es menos importante que su obra novelística, no deja de causar sorpresa la escasez de estudios sobre el periodismo de Cela,¹²⁸ sobre todo teniendo en cuenta que el escritor gallego cultivó el periodismo desde época muy temprana en su carrera y siempre de manera paralela a la escritura de sus novelas, cuentos y libros de viaje. Para ser más precisos, la labor periodística de Cela se extiende desde el año 1945, en que publica *Mesa revuelta*, hasta 1996, en que da a la estampa *El color de la mañana*; veintitrés títulos, según la bibliografía del escritor preparada por la Fundación que lleva su nombre.¹²⁹

No sólo una exigua atención crítica ha concitado el articulismo de Cela, sino que su valoración ha sido desigual y más bien negativa. En este sentido, Ian Gibson ha escrito que los numerosos artículos de Cela “suelen tener poco ingenio, y, en general, detrás de su pantalla verbal, poca enjundia”, aunque reconoce no haberlos leído todos (331). Francisco Umbral, declarado discípulo y gran admirador de Cela, califica su articulismo de fallido y desorientado —eso sí, en el 2002 y

¹²⁷ En la necrología que redactara en ocasión de la muerte del autor de *Las palabras quedan*, Cela hace referencia al luengo menester e indiscutible magisterio de González-Ruano en la prensa española y a su postrer trabajo periodístico aparecido: “Para ejemplo de todos, ahí queda el artículo que nació en la misma mañana del día en que su autor había de morir: *La costumbre*, publicado —casi como una premonición de su epitafio— en el *ABC*. Es duro tener que acostumbrarnos a encontrar ciertas las últimas palabras que, brotadas de su pluma, aún pudo el escritor ver con sus ojos ya casi sin luz, y pronunciar —si quiso hacerlo— con su garganta ya huérfana de voz: la muerte puede consistir en ir perdiendo la costumbre de vivir” (*Al servicio* 409-10). La coincidencia a este respecto entre Ruano y Cela me parece digna de resaltarse.

¹²⁸ Valga como ejemplo de esto la constatación de que en libros como *La palabra en libertad* (1991), *La obra literaria de C. J. C.* (2002) y *Homenaje a Camilo José Cela* (2004), las tres colecciones de ensayos críticos sobre el autor de *La colmena*, no se incluye ningún trabajo que aborde de forma general o pormenorizada su quehacer periodístico. Tampoco el número homenaje que le dedicó *Cuadernos Hispanoamericanos* a Cela en 1978 recoge trabajo alguno sobre su periodismo.

¹²⁹ Véase www.fundacioncela.com/asp/escritor/bibliografia.asp.

fallecido el novelista—, y hace un brevísimo repaso de su trayectoria periodística:

Cela me ha dicho más de una vez que él no hace artículos, que hace otra cosa que no se sabe lo que es. ¿Lo sabe él? Ya he contado cómo intentó el artículo a lo Ruano, a la vista de lo bien que le rendía a su amigo y vecino. Pero no le salía. Entonces, pasó por todos los intentos: ¿tremendismo, apuntes carpetovetónicos, iberismos? Denominaciones no habían de faltarle a CJC. Pero el producto seguía sin cuajar. Aún no ha cuajado, y esto le hace mucho daño al escritor, a efectos populares, pues el español lee periódicos, a falta de otra cosa, y no acaba de encontrarle la gracia a ese señor Nobel tan gracioso. [...] A uno lo que le dan [sus artículos] es sensación de fatiga, cansancio, repetición y explotación de una fórmula que nunca estuvo entre las mejores de las suyas. (199, 200)¹³⁰

Para Umbral, Cela no sentía una especial inclinación por el pensamiento y la reflexión, y era un escritor de cuatro ideas, eso sí, “muy claras y sensatas, muy bien distribuidas” (12); de ahí la pobre estimación del articulismo celiano por parte suya. Joaquín Roy, en uno de los pocos ensayos dedicados íntegramente al estudio del periodismo de Cela, sostiene una opinión contraria a la de Umbral. En palabras de Roy, la obra periodística —y ensayística— de Cela “ofrece perfiles múltiples”, revela una “progresiva transformación”; tiene amplitud temática, acercándose a la experiencia humana desde “un ángulo personal y objetivo a la vez”, sin incurrir en erudiciones innecesarias o arrogantes, y, sobre todo, es minucioso testimonio de los hechos más relevantes del mundo y de España (15). Cabe añadir que entre esos acontecimientos importantes están la transición democrática y el postfranquismo.

¹³⁰ Unas pocas páginas más adelante, Umbral se contradice a sí mismo, y refiriéndose a *Los sueños vanos, los ángeles curiosos* —libro aparecido en 1979, que recoge los artículos que Cela publicó en *Informaciones* entre 1970 y 1975—, asevera que, después de este título, “no se puede seguir diciendo que Cela no era articulista” (210-11). Para Umbral estos artículos estaban “todos cargados de amena plenitud, de oportuna erudición, de sobrio humor, de singular prosa y de actualidad periodística pasada por el colador de la subjetividad y la intemporalidad en que vive un creador” (209-10); lo que los convirtió en “vanguardia de un periodismo libre, imprevisible y bien escrito” (211).

CELA Y EL TARDOFRANQUISMO

Cela ha sido un testigo privilegiado de su época y de España;¹³¹ un escritor estrechamente vinculado a la historia española reciente, materia que ha comentado de manera puntual y con más calado intelectual del que usualmente se le reconoce. Como en tantos otros aspectos, la personalidad más bien arbitraria del escritor ha contribuido a que sus artículos sean considerados primordialmente como frutos de la necesidad crematística, o como meros divertimentos de un autor poco dado a la especulación política y filosófica. Cela, por otra parte y desde un punto de vista periodístico, no hace más que asumir con plena conciencia lo que había sido –y sigue siendo– casi un ‘imperativo categórico’ en las letras españolas desde Mariano José de Larra: la necesidad que tienen los autores de escribir en los periódicos y en las revistas, con el fin de ganarse el ‘pan de cada día’, pues de la literatura no vive casi nadie. Amén de una fuente de recursos económicos relativamente fácil, el periodismo siempre ha constituido en España una forma expedita de darse a conocer ante el público lector que no suele comprar libros y para quien el periódico es, además de medio informativo, vehículo de esparcimiento y muestrario literario preferencial.

En puridad, y sin incurrir en exageraciones, el articulismo de Cela es una realidad textual mucho más compleja y rica de lo que suele pensarse. Una primera constatación en este sentido es de recibo: Cela resulta ser un observador en muchos casos incisivo y agudo –y no un simple escribidor metido a analista político en virtud de circunstancias propicias; un comentarista en algunos asuntos versátil y bien informado, con ideas suficientemente elaboradas y buenos reflejos ante la fluida e incierta trayectoria del futuro político inmediato tras la muerte de Francisco Franco en noviembre de 1975. Una segunda y última constatación: las meditaciones políticas de Cela parten de un conocimiento histórico y teórico más que aceptable, de ahí la profusión de citas y nombres de pensadores y de filósofos; las

¹³¹ A este respecto, conviene recordar la siguiente frase carpetovetónica de Cela, recogida por Pedro Aguilar en *Las cosas de Don Camilo*: “La más noble función de un escritor es dar testimonio, como con acta notarial y como fiel cronista, del tiempo que le ha tocado vivir” (157). En términos semejantes, Dionisio Ridruejo, en el prólogo que redactó para *A vueltas con España*, califica a Cela de “trotamundos atento a su época” (12).

mismas se fundamentan en algunas ideas clave como el sentido común, la tolerancia y el respeto, sin olvidar conceptos polémicos y debatibles como la desmemoria o el olvido. Intenta, en definitiva, elaborar un *pensamiento*, una teoría, aunque desprovista de la sistematicidad propia de los teóricos o académicos. Este gusto especulativo por la política es puesto de relieve por el propio escritor (Perruca 63).

Entre 1969 y 1973, Cela publica tres colecciones de artículos y ensayos: *Al servicio de algo*, *La bola del mundo* y *A vueltas con España*. Son libros en los que el tardofranquismo se refleja críticamente, y en los que la idea de la libertad y la misión del escritor en la sociedad española ocupan parte sustancial de las preocupaciones de su autor. Conviene hacer un poco de memoria y recordar que en 1969 las cortes franquistas nombran de manera oficial al entonces príncipe Juan Carlos como sucesor de Francisco Franco; un nombramiento que tendría importantes repercusiones políticas al prefigurar, de forma simbólica, el final de la dictadura y los atisbos iniciales de una era democrática y libre, aunque la oposición antifranquista no lo viera así (para ellos, este nombramiento demostraba de manera palmaria la continuidad del franquismo en la figura del futuro rey, a quien, por otra parte, profesaban escasa estimación).

En *Al servicio de algo*, Cela se hace eco de las inquietudes y del proyecto reformador —aún en pañales— que ya comenzaban a gestarse en los círculos franquistas más moderados, en las cabezas políticas más avanzadas del régimen, conscientes como eran de las enormes dificultades de supervivencia del franquismo una vez desaparecido su fundador y líder. Cela hace veladas referencias a este hipotético futuro de democracia y desarrollo mediante una reflexión general sobre el concepto de la libertad en la historia española, sin incurrir, conviene notarse, en abstrusas conceptualizaciones o enigmáticos juegos retóricos. Habla de forma bastante clara y precisa, pero con algunas reservas o cautelas producto de la larga y todavía vigente censura: “En España —a mi juicio, para desgracia de los españoles— la libertad no es bien que, históricamente, se reparta con mano pródiga. Las fuerzas reaccionarias españolas son poderosas y, lo que es más grave para la causa de la libertad, apoyan su eficacia en la reciedumbre de su tradicional poderío. Y —tampoco nos engañemos— en el reconocimiento que, tácito o expreso, todos los demás hacemos de él” (*Al servicio* 131-32). A continuación, Cela hace gala de un pragmatismo que será la tónica predominante en sus reflexiones políticas,

aspecto que lo sitúa, sin ambages, en el campo teórico de la llamada reforma política, con expreso rechazo por su parte de la idea de ruptura preconizada por el antifranquismo histórico.¹³²

La historia de España no es más cosa, quizás, que la nómina de los determinismos que constriñen al español. La defensa de la libertad o, lo que tanto monta, la lucha contra los determinismos, no es batalla que pueda plantearse con las aparatosas e ineficaces armas de los románticos: la barricada y el panfleto, el fusil de chispa y la arenga, la bomba de fabricación casera y las misteriosas reuniones a la luz de un quinqué. El creer que puede arreglarse una situación social injusta colocando un petardo en un tranvía, no es sino pecado de ingenuidad. Los antiguos condicionaban la libertad al conocimiento y llamaban libre al hombre sabio; es lástima que esta idea sea más hermosa que actual, más bella que cierta, porque, de tener aún validez, nos simplificaría mucho el doble problema de la libertad y su apetencia. (*Al servicio* 132)

Este “pecado de ingenuidad”, esta falta de visión a largo plazo, del que eran responsables los partidos mayoritarios de la izquierda española (particularmente el PCE y el PSOE), fue factor esencial en el fracaso de sus estrategias políticas frente a las ideadas y puestas

¹³² La reforma política, desenvuelta por el rey Juan Carlos I, Torcuato Fernández Miranda y Adolfo Suárez a partir de 1976, había sido formulada teóricamente en algunos artículos de José María de Areilza (en especial el titulado «La vía española a la democracia»), de Manuel Fraga Iribarne (recopilados en los volúmenes *El desarrollo político y Legitimidad y representación*) y de Luis García San Miguel (recogidos en su libro *Teoría de la transición*), los cuales habían sido publicados originalmente a principios de la década de los setenta y en los que se proponía una transición pacífica a un sistema democrático desde la propia legalidad instaurada por el franquismo. La ruptura, es decir, la pretensión de implantar un gobierno provisional, un nuevo régimen sobre las cenizas o ruinas del franquismo —que se desplomaría tras una huelga general o mediante una revolución de masas—, era la estrategia política defendida sobre todo por el PCE y, en medida más ambigua, por el PSOE (este último partido comprendió, antes que los comunistas y con la llegada de Felipe González a la secretaría general, la inviabilidad del proyecto rupturista). La ruptura era, en esencia, una derivación ideológica del profundo utopismo de la izquierda española, que fue abandonada de forma celeré y sin apenas remordimiento de conciencia por los mismos que antaño la habían enarbolado como uno de sus signos de lucha predilectos frente al franquismo. Para una excelente síntesis sobre estos aspectos, véase el artículo «Las fuerzas políticas en la transición española», del historiador y periodista Pío Moa.

en marcha por los llamados reformistas (Adolfo Suárez y los sectores que luego integrarían el partido Unión de Centro Democrático, la llamada UCD).

En 1972, Cela da a la estampa *La bola del mundo*, una recopilación, como él mismo subtitula, de “escenas cotidianas”, aparecidas semanalmente y durante un año en la revista barcelonesa *Mundo*. Trátase, en síntesis, de un intento de radiografía de España a principios de los setenta, de un registro minucioso, irónico y algo jocoso de la cotidianidad española, en el que se evidencia el profundo cambio en las mentalidades y costumbres de los españoles durante el tardofranquismo, y en el que Cela experimenta con un tipo de artículo periodístico muy breve que podríamos calificar en la mayoría de los casos de apuntes, anotaciones o glosas, al que el escritor volverá a recurrir una década después en *El juego de los tres madroños*. Desde «El Lute» (al que Cela admira, 23) hasta los hippies (cuya partida de la isla de Formentera el cronista deplora, 70), pasando por la minifalda, el uso de la píldora, la industrialización del país y el auge turístico, prácticamente nada escapa a la acerada pluma de Cela en *La bola del mundo*; un libro alentado por la esperanza en el futuro político de España, no obstante la prudencia y el “resignado escepticismo y no poca compostura” que, según el propio autor, se percibe en su escritura (7).

Si en *La bola del mundo* Cela esboza la España democrática, en *A vueltas con España*, publicado en 1973, amplía su teorización y reflexión sobre la libertad política al insertarla en el concepto más abarcador de la verdad (histórica), “ese concepto que engloba a la libertad” (287). Contribuye a ello el empleo del género ensayístico, lo que le permite a Cela extenderse en sus disquisiciones y valoraciones, sin tener que limitarse al marco más bien breve del artículo. Conviene recordar que entre 1970 y 1973 la sociedad, la cultura y la prensa en España experimentan cambios significativos: se publica la ya legendaria antología poética preparada por José María Castellet, *Nueve novísimos poetas españoles*; se funda en 1971 el semanario *Cambio 16*, clave en el desarrollo de la transición; Carlos Barral lanza en 1972 lo que se llamó la ‘Nueva novela española’; la oposición universitaria al régimen franquista se intensifica de forma considerable durante 1973; y ese mismo año es asesinado por ETA el almirante Luis Carrero Blanco, a la sazón primer ministro del gobierno y una de las figuras más señeras del franquismo, cuyo puesto fue

inmediatamente ocupado, no sin la sorpresa de los sectores cercanos al poder, por Carlos Arias Navarro.

En este contexto social un tanto dramático y sin duda complicado debe entenderse la reflexión política e histórica que Cela desenvuelve en *A vueltas con España*. Dicha reflexión parte del supuesto de que en España nunca se había producido una revolución “capaz de modificar sus caducas estructuras sociales, sus enmohecidas actitudes intelectuales, sus permanentemente oxidadas instituciones políticas” (28). La mencionada ‘revolución’ –podría colegirse de estas aseveraciones– se concretaría a partir de 1975, con el proyecto de la reforma política y las distintas fases de la transición democrática. Una revolución, en todo caso, sujeta al imperio de la ley (aunque ésta fuese la de la dictadura franquista) y que acabaría por implantar las bases para una verdadera institucionalidad, no mediante la destrucción del pasado franquista sino por medio de una reconstitución radical del mismo.

En esta tesitura sociopolítica descrita, el escritor tendría, en opinión de Cela, una misión específica, un rol ético y social de primer orden que cumplir: ser testigo, ser notario del presente (280). De ahí que para Cela, las dos servidumbres intelectuales de los escritores del siglo XX –y de los españoles en particular– sean la libertad y la verdad:

El escritor que acierte a vivir en el calendario que le ha correspondido (el otro no es ni escritor: no es sino su mera máscara estética) sabe bien que la actual acre circunstancia del mundo no tolera los áureos juegos de palabras como tampoco permite los turbios juegos de manos, aunque ambos [sigan] a la orden del día [...] Precisamente porque el escritor –hoy– ha de caracterizarse de hombre de la calle, su labor –suponiendo que valga para algo– ha de venir marcada con el noble hierro de las dos más claras servidumbres del hombre (que también anda por la calle) de oficio intelectual: la de la verdad y la de la libertad. [Más] allá de Camus y de su actitud elegantemente romántica, nos permitimos pensar que el escritor no debe –no puede– poner sus armas al servicio de los protagonistas de la historia: sean éstos los que la fabrican o los que la padecen. (*A vueltas* 285-86)

En esta cita resaltan varios puntos que considero esenciales para entender el periodismo ‘pretransicional’ de Cela. Primero, el escritor emplea como principal recurso retórico la alusión; se refiere a los escritores en general y a la “actual acre circunstancia del mundo”, pero en

realidad está haciendo referencia a los escritores españoles como él, inmersos a principios de los setenta en una circunstancia histórica especialmente volátil, inestable y compleja. Segundo, Cela postula el abandono de la retórica empleada hasta ese momento por la mayoría de los escritores bajo el franquismo a favor de un discurso exento de “áureos juegos de palabras” y de los eufemismos que han encubierto por décadas la naturaleza totalitaria del régimen (Cela se refiere a un “guardarropa sin fondo de eufemismos”, 286). Y tercero, Cela preconiza la *absoluta* independencia intelectual del escritor. Nótese, y en esto estimo que radica la importancia de este argumento celiano, que la independencia propuesta ha de estar por encima tanto de los poderosos como de los débiles, al margen de los verdugos pero también de las supuestas víctimas. En este sentido, Cela escribe que “tampoco al servicio de quienes se sienten aplastados por la historia debe poner su pluma el escritor” (286). En síntesis, de estas reflexiones emerge la figura del escritor como eterno aguafiestas, como rabioso individualista, como conciencia ética siempre alerta ante las manipulaciones políticas tanto de la derecha como de la izquierda. Cela, ante el desarrollo de la transición a la democracia y los inicios del postfranquismo, asumirá precisamente los rasgos más representativos de esta figura intelectual en *Vuelta de hoja*, sin duda su libro más importante sobre la transición política.

VUELTA DE HOJA O LOS INICIOS DE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

Entre el 29 de diciembre de 1975 y el 27 de diciembre de 1976, Cela publica en el periódico *Diario 16* su columna semanal intitulada «El ruedo ibérico» y subtitulada, de manera esclarecedora, «Crónica de un pensamiento político».¹³³ Estas columnas fueron posteriormen-

¹³³ Eloy E. Merino sugiere que la publicación de esta columna responde, implícitamente, a una ponderada estrategia de defensa personal por parte de Cela ante potenciales imputaciones de responsabilidades durante la Guerra Civil: “Durante 1976, cuando comienzan a desmantelarse lentamente las instituciones del franquismo, y se cierne la amenaza de un destape generalizado de culpas, responsabilidades, acusaciones y contraacusaciones, el autor [de] modo ocasional e indirecto se refiere a su papel en la posguerra, y ya adelanta la táctica que volverá a insinuar en sus memorias de 1993: no pretende ni justificarse ni autocensurarse” (18).

te recopiladas y publicadas en diciembre de 1981 con el título de *Vuelta de hoja*. Se trata, como el propio autor declara, de una “serie de artículos voladeros y ocasionales”, en los que se propone, con humildad, “enunciar muy elementales normas del catecismo político que a todos conviene repasar y, a estos efectos, me permito copiar para el mejor uso de quien leyere, las sabias y no poco amargas palabras de Gide: Todo está ya dicho pero, como nadie atiende, es preciso repetir todo cada mañana” (*Vuelta* 37). Más adelante, Cela reitera que el propósito de sus escritos es “el de ser puntual reflejo de nuestro vapuleado solar patrio” (51). Cabe destacar de estas afirmaciones la escasa enjundia que otorga Cela a estos escritos —más aparente que real, estimo—: los adjetivos “voladero” y “ocasional” que los califican denotan la poca fijeza o asiento de los mismos, su carácter particular, determinado o específico. Esto constituye, sin duda, una ‘artimaña’ retórica, pues al restársele desde el principio trascendencia a estos artículos, el escritor busca de antemano la comprensión y complicidad de los lectores. En realidad, Cela era consciente de que manejaba una materia y unos asuntos en los que era sumamente fácil errar, pero a los que no podía sustraerse como intelectual dada la singularidad histórica de los mismos.

Conviene recordar que en 1976 estos asuntos eran, por citar sólo los más relevantes, el establecimiento de la Platajunta Democrática (organismo que aglutinó a los numerosos grupos de la oposición anti-franquista), los primeros congresos legales de UGT y del PSOE en cuarenta años, la fundación del periódico en catalán *Avui*, del rotativo madrileño *El País* y de la revista *Interviú*, el reconocimiento oficial de la Real Academia de la Lengua Vasca, el nombramiento de Adolfo Suárez como primer ministro en sustitución de Carlos Arias Navarro, la fundación por Manuel Fraga Iribarne del partido Alianza Popular (embrión de lo que más tarde sería el Partido Popular), la aprobación por parte de las Cortes de la Ley para la Reforma Política y su posterior aprobación popular en referéndum el 15 de diciembre de 1976.¹³⁴ Y todo ello en un clima social agitado por numerosas huelgas en todo el territorio español, y marcado por la concesión de una

¹³⁴ En su artículo «La reforma Suárez», Juan Pablo Fusi Aizpúrua recoge los datos de estas dos instancias. La citada ley fue aprobada en las Cortes por 425 votos a favor, 59 en contra y 13 abstenciones. En el referéndum votó el 77,4% del censo y la ley obtuvo un respaldo abrumador, un 94,4% de votos afirmativos (165).

amnistía política parcial y por el olvido apresurado del anterior jefe de Estado: “Hace dos meses que murió el general Franco y nadie habla ya –ni para bien ni para mal– del general Franco; son otros los temas que ocupan hoy la cabeza y la garganta de los españoles, y otras las palabras y los nombres propios que utilizan para encararse con la situación del país en unos instantes que, deseados o temidos, nos enfrentan a todos con una curiosa tesitura diferente” (*Vuelta* 31).

La meditación política que elabora *Vuelta de hoja* se sustenta, principalmente, en cuatro ejes temáticos: la Guerra Civil de 1936-1939; la figura del rey Don Juan Carlos y la institución de la monarquía; el problema de la memoria y el olvido; y la reflexión general sobre la política y la democracia. Además, esta meditación se fundamenta en varios criterios rectores: “cauto optimismo” (11), medida, prudencia y “cambios inteligentes” (13), elementos todos ellos propios de la llamada reforma política. Frente a estos criterios, se constituye la opción de la ruptura, que para Cela supone la solución de la “magia”, el “milagro” y el “arbitrismo” (14). La transición se presenta en *Vuelta de hoja* como una “tarea gigantesca” (13), como un camino “lleno de baches, curvas y otras dificultades que habrán de irse salvando con firme pulso, sagaz intuición y propósito decidido” (77). Cela apuesta desde el comienzo del proceso de la transición por el sentido común, por la necesidad de adaptación y por el pragmatismo, sin desconocer, en el fondo, el coste político de esta estrategia: la impunidad política y la desmemoria histórica. En este punto, la evocación de la Guerra Civil juega un papel de primer orden.

La primera referencia a la contienda civil aparece muy temprano, aunque de forma velada, en *Vuelta de hoja*; para ser exactos, en el tercer artículo de la serie, titulado «Parábola de la moza decente», en el que en medio de una reflexión ‘teórica’ sobre la política como “el arte del pacto”, Cela escribe que el “querer quemar etapas puede conducirnos al triste fin de que nos arda el culo. Y lo peor sería que, para apagar el incendio, tuviéramos que volver a mojarnos el culo. Yo ya me lo mojé una vez y todavía no se me secó del todo” (18). Esta alusión inicial se hará menos personal y más explícita en artículos posteriores, en los que la guerra del 36 se presenta como un “dolor estéril” (44), que ha llegado a convertirse, en las etapas previas de la transición, en su principal amenaza: “Advierto lo que me advierte el sentido común: o los españoles ponemos, por vía política, punto final a la violencia, a todas las violencias, o volveremos a terminar ardiendo por los cuatro

costados, lo que no es meta –de cierto– en cuya prosecución debamos esforzarnos” (95). Con esta valoración, Cela no hace más que reiterar el argumento primordial que hizo posible la tan mentada idea del consenso, fundamento esencial de la transición democrática y uno de los ‘dogmas’ de la democracia española. Así lo sugiere Alberto Medina Domínguez, para quien el consenso constituyó una especie de racionalidad amparada por una “utopía comunicativa” y por un “idealizado espacio de transparencia y tolerancia” (60).¹³⁵

La necesidad del consenso, alimentada por el recuerdo de la contienda fratricida, constituía una noción de amplia difusión y favorable acogida entre los principales agentes políticos de la transición, al punto de que todos ellos, en mayor o menor medida, la acogieron en sus discursos y escritos. De este modo, la memoria de la Guerra Civil se convirtió en un recurso político de capital importancia, empleado tácita o abiertamente por todos los protagonistas de esta época. En este sentido, Paloma Aguilar Fernández se ha referido a una memoria colectiva de la Guerra Civil de índole traumática, la cual “jugó un papel crucial en el diseño institucional de la transición al favorecer la negociación e inspirar la actitud conciliadora y tolerante de los principales actores” (56).¹³⁶

Las menciones, directas e indirectas, de la Guerra Civil en *Vuelta de hoja* son numerosas y frecuentes; casi siempre se plasman en meditaciones muy particularizadas sobre la situación española, otras aparecen en un contexto más generalizado y universal. Es el caso, por ejemplo, del artículo titulado «Situaciones, palabras», en el que Cela examina el concepto de guerra civil a la luz de la *Ilíada* de Homero, las *Filípicas* de Cicerón, *De bello civile* de Lucano, *Enrique VI* de Shakespeare y *Horacio* de Corneille, sin olvidar la mención a *La paz perpetua* de Kant. Y todo este despliegue de erudición para demostrar la inutilidad y maldad intrínsecas de la guerra civil; para desbaratar, mediante la cita de ilustres autoridades, el más mínimo asomo de discordia entre españoles, pues, como nos dice Cela, “la

¹³⁵ En opinión de Medina Domínguez, el modelo del consenso en la transición supuso “una puesta en práctica del modelo de pragmática y ética comunicativa elaborado por Habermas en torno a esos mismos años”, es decir, a mediados de los setenta (60).

¹³⁶ Aguilar Fernández afirma que esta “memoria histórica consensuada” de la Guerra Civil se había ido perfilando incluso antes de la muerte de Franco, ya que las élites del régimen eran “conscientes de que la prioridad absoluta de los españoles era el «nunca más», lo que implicaba renunciaciones, cesiones y compromisos por parte de todos” (34-35).

muerte del vencido derrota al vencedor y el más bello triunfo se siembra de dolor” (139).

En prácticamente todas las historias de la transición democrática, la figura del rey Don Juan Carlos I –asistido por Torcuato Fernández Miranda y Adolfo Suárez– es considerada pieza imprescindible de este proceso, sin la cual éste hubiese con toda probabilidad fracasado de manera estrepitosa. Es indubitable que en torno al papel del monarca durante la transición se ha tejido un denso consenso historiográfico que lo sitúa a un nivel poco menos que sobrehumano, presentando su persona como una especie de *deus ex machina* que en los momentos más difíciles de la restauración democrática salvó los múltiples escollos políticos y templó los ánimos de la milicia, hasta lograr lo que parecía un imposible en la historia española: poner de acuerdo a las ‘dos Españas’, y dirigir una transición de una dictadura a una democracia en términos pacíficos, sin traumas ni desgarramientos sociales considerables. Este relato, de hermosa factura retórica y fuerte carácter *hagiográfico*, se hizo hegemónico y paradigmático desde el principio de la transición, y tuvo la virtud de elevar al Rey y a la institución monárquica a la condición de mitos fundacionales de la España postfranquista. Y como suele ocurrir con las mitificaciones, a la larga dicha institución y su representante quedaron bien resguardados ante tentativas de ulterior examen y análisis. Esto último, para Gregorio Morán, evidenciaría, de manera inequívoca, la inexistencia de un pensamiento auténticamente crítico sobre la transición:

El Monarca fue durante la transición y hasta el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, un mandarín tras la cortina: oír, refunfunar y esperar. Dejando obrar a los sucesivos mentores de su entorno: Alfonso Armada, Fernández Miranda, Sabino Fernández Campo. Si se necesitara una prueba para confirmar la carencia de análisis sobre la transición bastaría con referirnos a la figura de Juan Carlos de Borbón. Fuera de loas y ditirambos no hay más que vacío, como si se tratara de un querubín, ascendido del limbo del franquismo al cielo de la democracia. Incontaminado, por encima de las miserias de los hombres. En él no hay etapas, ni decisiones, ni maniobras, ni dudas, ni mucho menos equivocaciones y reticencias. Todo es uno y perfecto. Como un dios. [...] Habría que buscar en las monarquías absolutas para encontrar un retrato tan exegético, acrítico y falaz como el que historiadores y analisis-

tas han construido sobre la figura importantísima de Juan Carlos I de Borbón. Citar el caso de Fernando VII, el Deseado, podría interpretarse tendenciosamente. (28, 30)¹³⁷

El primer artículo de *Vuelta de hoja*, «Salutación del optimista», está dedicado al rey Juan Carlos, a quien Cela considera una incógnita política a la que hay que concederle “un determinado tiempo de acomodación” y cuya principal virtud es, para el articulista, poder contemplar “el episodio de la guerra civil con idéntica y saludable perspectiva a la que pudiera aplicar a la consideración de la francesada, salvo que se intentara convencerlo de lo contrario” (9). Para Cela, la tarea a realizar por el monarca y su gobierno es gigantesca y harto compleja: el establecimiento de un orden jurídico aceptable y flexible, la promulgación de una amnistía generosa, la abolición definitiva de la censura, y la preservación del orden público y la paz social (12). Y todo ello dentro de un contexto social cuyo apoyo a la monarquía era, a la altura de 1976, un verdadero enigma político (57). A fin de lograr este apoyo, la monarquía encarnada en Juan Carlos y en la reina Sofía debía basarse, para el comentarista, en algo más que en el encanto personal, la simpatía y la juventud de sus representantes, pues si esto fuese así, la institución monárquica correría el riesgo de ser arrastrada para siempre (78). Estas dudas de Cela sobre el Rey pronto se disipan y a partir del artículo titulado «Clases de chino» son sustituidas por la confianza –y el entusiasmo– en la monarquía como garante e impulsora del cambio democrático:

Los españoles, según síntomas, queremos libertad y democracia, que es tanto como desear salud. Si el Rey también la quiere y sabe y le dejan hacerla posible, los españoles tendremos una monarquía liberal y demo-

¹³⁷ Conviene recordar que estas aseveraciones de Morán fueron escritas a principios de los noventa del pasado siglo, cuando se publica su libro *El precio de la transición*. En su momento fueron polémicas (lo siguen siendo todavía en la actualidad) y abrieron el camino a estudios y visiones críticas del paradigma mirífico de la transición; visiones que, debe notarse, han venido minando lentamente la narrativa hegemónica u *oficial* de la historia de la transición configurada por la historiografía y la política postfranquistas. Entre las visiones críticas o alternativas de la transición cabe destacar las elaboradas por Eduardo Subirats, Juan Goytisolo, Joan Ramon Resina y Teresa Vilarós, entre otros, que con sus obras están configurando, en mi opinión, la verdadera conciencia intelectual de la España de la transición.

crática que nos permita vivir en la flexible y zigzagueante paz de los pueblos civilizados. Yo, particularmente, y quizá empujado por el optimismo, creo que el Rey la quiere y pienso que sabe el camino a recorrer para alcanzarla, aunque tenga mis dudas sobre el buen concierto que pudiera alejar del juego político a fuerzas todavía poderosas (o relativamente poderosas) que niegan la libertad y la democracia, tanto por oxidación de sus engranajes mentales como porque les fue muy bien apostando al naípe contrario. (*Vuelta* 87)

Lo curioso de esta reflexión de Cela, situada justo en la frontera de la expectativa esperanzadora y de la duda política propias del momento, adquiere pocas páginas más adelante ribetes míticos, dando paso a una valoración acrítica de la monarquía y a que el contenido entusiasmo inicial de sus artículos pierda todo criterio de contención y prudencia, con la argucia retórica de la utilización de referencias a la serenidad de Goethe y Montaigne: “El Rey es joven y todavía no tiene malas mañas adquiridas: no tiene edad para haberlas aprendido, lo cual no deja de ser una suerte para todos y *una bendición de los dioses*” (92; mi subrayado). Conviene notar aquí que el rey Juan Carlos había sobrepasado sus treinta años cuando accedió al trono en 1975; por tanto no se trataba exactamente de un joven inexperto y desprovisto de ‘mañas’ (políticas) como Cela pretende presentarlo ante sus lectores. De esta forma, el articulista incurre en algunas de las exageraciones historiográficas denunciadas por Gregorio Morán al estudiar las actuaciones del Rey en la transición.¹³⁸

Durante la transición, la memoria y el olvido fueron artefactos político-culturales de manejo delicado y complejo, sin duda. Concitaron además el interés de la mayoría de los escritores e intelectuales del momento; interés del que no pudo sustraerse Cela en sus artículos de prensa. De hecho, el núcleo político de *Vuelta de hoja*, como el mismo título postula, se constituye en torno a la dialéctica entre memoria y olvido, con una actitud abiertamente favorable por parte del escritor hacia el segundo término. Muy pronto en el libro, en el artículo titula-

¹³⁸ Con relación a este punto, Paloma Aguilar Fernández reconoce la gran habilidad política y la capacidad negociadora del monarca a lo largo de todo el proceso de la transición, pero asevera que su “protagonismo ha sido exagerado en varias ocasiones”; se trataría, así, de lo que ella llama, aplicado al papel de los monárquicos juanistas durante esta etapa, una relativa ‘invención’ de la historia de la transición (232).

do «El olvido, esa costumbre», se advierte esta actitud, aunque expresada de manera un tanto velada, en medio de una cavilación pretendidamente filosófica y ética:

El clásico Marco Aurelio nos advierte, en el libro VII de sus *Pensamientos*: “Pronto lo olvidarás todo y pronto serás olvidado”. El hombre huye del recuerdo para aferrarse a la vida y pasa una esponja sobre la memoria porque teme enfrentarse con el tiempo que deja a la espalda; porque se avergüenza –con una timidez que ahuyenta la serenidad– al encararse con su propia historia revisable y siempre lastrada de un subconsciente afán de aferrarse a la vida, a aquello que todavía no es historia sin vuelta de hoja posible. Ahí, quizá, en esa actitud del hombre, habita el instinto que le lleva a cambiar de chaqueta, incluso con convicción; puesto que el hombre aspira siempre –y fracasa casi siempre en su propósito– a escribir su propia historia según el compás del éxito y la pauta del triunfo. No, no: el muerto al hoyo y el vivo al bollo, que con frecuencia el bollo es escaso y no se entrega sino a los más ágiles y veloces. (*Vuelta* 31-32)

Aparte de un aparente cinismo, una tal vez cuestionable densidad filosófica, la cita anterior constituiría una posible vindicación del oportunismo político a los ojos de algunos intelectuales españoles (la mención del ‘cambio de chaqueta’ es elocuente en este punto) y una defensa –implícita– de la impunidad histórica que en ocasiones acompañó al citado oportunismo durante la transición a la democracia. De hecho, unas líneas más adelante esto queda claro, al aseverarse que el recuerdo, la crónica, el cuadro de historia o la fotografía constituyen “inútiles aperos políticos” (33). Para Cela, la evocación del pretérito es sólo oportuna “en la navegación por las aguas del derecho administrativo”, no en la práctica política (58); de ahí que lo sabio y recomendable sea, sencillamente, “olvidar y mirar para adelante con sensatez y buen deseo de acierto, en una palabra: para madurar” (67). Con estas aseveraciones, Cela ejercería un supuesto sentido común que hace del olvido un auténtico recurso político, y se ubica en un presente absoluto con la singular obviedad de aquel pasado colectivo (y personal) ahora poco edificante, al que convendría más bien velar o disipar. De ahí que al tratar el espinoso tema de las responsabilidades penales por las atrocidades cometidas durante la Guerra Civil, el escritor prefiera no pronunciarse, aunque aclare, “con no poca amargura”, su preferencia por

“asumir y representar el triste papel de encubridor antes que el todavía más triste papel de delator” (126). El lector podría preguntarse sobre la índole y el calado de las delaciones a las que alude el autor, que, en este asunto, no parece tener una opinión firme o del todo formada, y que, como escribe más adelante, en realidad teme a que se desate en España una ola de venganzas al calor del cambio democrático (131).

Si la estrategia o el ‘ideario’ sobre la transición de Cela se apuntaba ya al comienzo de *Vuelta de hoja*, no es hasta bien mediado el volumen que este ‘ideario’ se concreta en una medida o propuesta específica, que resultó ser, transcurridas las diferentes etapas de la restauración democrática, la otra cara del socorrido consenso: la política del borrón y cuenta nueva. Esta política posibilitó la institucionalización de la impunidad histórico-política que hoy, con la perspectiva suficiente, podría considerarse como el *pecado original* de la transición postfranquista. Cela escribe al respecto: “Entre millones de españoles, pedí la amnistía antes de que se diera y aplaudí su concesión cuando se dio, aunque la hubiera preferido más generosa. Todos los presos políticos y todos los delincuentes comunes por lo barato, deben salir a la calle. La cárcel, en la utópica España con la que quiero ilusionarme, debe ser –tras la amnistía y el *borrón y cuenta nueva*– no más que un símbolo por cuyos patios y corredores deambulen tampoco más que un par de símbolos” (144-45; mi subrayado). A esta propuesta de borradura del pasado, Cela la denomina, en su artículo «La historia y sus modos», una ‘terapéutica del olvido’ (192-93).¹³⁹ Esta terapéutica ha sido, a la postre y cumplido ya el desa-

¹³⁹ Alberto Medina Domínguez se ha referido, en este sentido, a una “disciplina”, “estrategia” o “política” del olvido durante la transición (15, 16, 25); mientras que Teresa Vilarós emplea los términos “pacto del olvido” y “política de borradura” (8, 9). Para Juan Goytisolo, en su libro *Cogitus interruptus*, los políticos españoles de la transición no calcularon los onerosos costes del pacto del borrón y cuenta nueva, “pacto que si bien daba fin al ciclo reiterado de guerras civiles y gobiernos autoritarios, acarreaba por consecuencia una serie de ardidés y minas de efecto retardado: *ninguneo* de los protagonistas de la oposición radical antifranquista, olvido de las responsabilidades del golpe militar que desencadenó la guerra de 1936-1939 así como del exilio político y cultural, descabezamiento del PSOE de Pablo Iglesias y los «cien años de honradez» por un grupo carente de cultura democrática”, entre otros hechos (43). Goytisolo ha vuelto a tratar algunos de estos temas en su libro *Pájaro que ensucia su propio nido*.

rrollo institucional de la transición, una de las principales insuficiencias y limitaciones del citado proceso, que, en opinión de Eduardo Subirats, hacen necesaria una revisión crítica del pasado inmediato de España (*Memoria* 366).¹⁴⁰

En el penúltimo artículo de *Vuelta de hoja*, «Tocando a vísperas», Cela se muestra bastante confiado en el curso exitoso de la transición democrática, cuyo carácter ‘pacífico’ y gradual suscita en él un profundo “pasmó” y admiración (209). Recuérdese en este punto que Cela escribe al inicio de 1977, cuando todavía la transición no había enfrentado sus momentos más críticos. Ante el primer año de la transición, Cela asume una actitud de moderado y franco optimismo, pero se aleja, como buen escéptico, tanto de la postura triunfalista del gobierno como de la visión apocalíptica de la oposición más radical:

En este año transcurrido todos nos equivocamos menos el país, que es el conjunto de todos y supo mantener la calma en su palomar. Es bueno, sin duda, que ni los cenizos de la catástrofe ni los ingenuos del milagro hayan tenido razón. La historia se escribe, aun con borrones, sobre pautas a las que no cabe querer volver la espalda y, según decía don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos. [En] el año que pasó, los españoles escribimos una página de nuestra propia historia que tampoco nos salió del todo mal. En este segundo año responsable deberemos cuidar de que los renglones no se nos tuerzan ni la letra se nos deforme y desfigure. Es necesario que nos percatemos de que la caligrafía política es una de las más adecuadas –y difíciles– bellas artes. (*Vuelta* 211)

¹⁴⁰ Esta opinión es compartida por Joan Ramon Resina, para quien la transición española se ha convertido en un influyente mito o paradigma platónico entre intelectuales, escritores y estudiosos, ante el cual los mitos franquistas palidecen o resultan insignificantes (5). Es pertinente notar que Eduardo Subirats es uno de los principales exponentes de esta revisión crítica, que ha venido realizándose –conviene también destacarlo– en medida importante desde los centros académicos y universitarios allende España, en especial en los EE.UU. La crítica de la transición por Subirats comienza a gestarse en libros como *Después de la lluvia*, *España: miradas fin de siglo* e *Intransiciones*, en cuya introducción sostiene que la Transición (escrita así, con mayúscula) se ha constituido en un “tópico académico canónico”, en un signo metafísico y paradigmático exento de mácula, milagroso y perfecto; en síntesis, se ha configurado con el pasar del tiempo en un “concepto vacío” (13).

A MODO DE CONCLUSIÓN

En los diversos libros periodísticos que publicó durante el postfranquismo, Cela no volvió a ocuparse del tema de la transición con la extensión y la amplitud empleadas en los artículos de *Vuelta de hoja*. Sólo en *El juego de los tres madroños* (1983) y en *El asno de Buridán* (1986), el mencionado hecho político es tratado, pero de manera esporádica y superficial. Sigue interesando al escritor la política española, pero cada vez menos, y aumenta su desconfianza hacia los políticos, que si en *Vuelta de hoja* eran considerados unos “aventureros necesarios” (134), en *El juego* son vistos como personajes con escasa incidencia sobre la marcha de los pueblos, “como los meteorólogos sobre los ciclones y los anticiclones que hacen piruetas en la atmósfera” (167).¹⁴¹

En los ochenta, la valoración de Cela de la transición democrática se debate, pues, entre el ‘pasma’ con que finaliza *Vuelta de hoja*¹⁴² y el archiconocido desencanto, del que Cela, como casi todos los escritores después del intento de golpe de estado de Tejero en 1981, tampoco logra librarse. En su caso particular, el desencanto nace de la constatación del, a su ver, pésimo funcionamiento institucional de España y se inscribe en un contexto histórico general y antiguo, no exclusivo de la restauración democrática:

Quizá no nos demos demasiada cuenta pero –los unos por los otros y la casa sin barrer– el país está empezando a dejar de funcionar; el síntoma es más incómodo que alarmante, porque la verdad es que en España nunca funcionaron demasiado bien las cosas y, sin embargo, todavía no hemos desaparecido ni es probable que desaparezcamos en mucho tiempo. El mal viene desde muy lejos y es muy antiguo, y sería artificioso y falaz el echarle a alguien (en concreto) la culpa que es de todos (en abstracto). (*El juego* 166-67)

¹⁴¹ Esta opinión de los políticos llegará al desprecio y la indiferencia ‘olímpicas’ en los últimos años del escritor, según testimonios de éste recogidos por Pedro Aguilar (97).

¹⁴² Cela no abandonará del todo su inicial pasmo ante la transición política, y en 1986 volverá a referirse a ella, en tono exagerado y ahora sí, triunfalista, como “el más pasmoso experimento político que se recuerda en la historia del universo mundo: el de pasar de una dictadura a una democracia sin caer en el revanchismo ni ensangrentar el decorado” (*El asno* 467).

Conviene advertir que de esta valoración negativa se salva únicamente el rey Juan Carlos, y que el desencanto no se convierte, en el articulismo de Cela, como en el de otros autores, en luenga letanía o en discurso preeminente. Se trata de un estado anímico e intelectual del que Cela entra y sale, sin registrar en ningún caso permanencias prolongadas. En todos estos años, el escritor evocará con orgullo su condición de senador por designación real en los primeros años de la democracia, su breve paso por el senado y las enmiendas lingüísticas que intentó introducir, con escaso éxito, en el debate de la carta magna de 1978. En sus últimos libros periodísticos encuéntranse algunas referencias a la transición, pero ya como telón de fondo de reflexiones genéricas sobre la política o la democracia. *A bote pronto*, publicado en 1994, sería un buen ejemplo de esto.

Pareciera como si en Cela se hubiese agotado el tema, o hubiese perdido todo interés en reelaborar la memoria de la transición. De hecho, dejó inconclusa una novela sobre la misma, que estaba escribiendo en 1981, según confesión suya a Pedro Rodríguez. La novela se titulaba *Agonía, muerte y entierro de un general*, “[al]go así como el «San Camilo», pero con una visión de aquel decorado, aquella sociedad que, muerto Franco, no se movió ante el estupor de su muerte. He pasado ya de la mitad del trabajo, pero a mí es que me cuesta mucho escribir” (5). De esta novela, según Pedro Aguilar, nunca más se supo (96), y es probable que se halle entre los numerosos papeles dejados por el escritor a su muerte. Su publicación, si se diese algún día, completaría sin duda la visión de Cela de la transición política y de la España postfranquista, en la actualidad aún fragmentaria y provisional.

OBRAS CITADAS

- AGUILAR, Pedro. *Las cosas de Don Camilo*. Guadalajara: Maori, 2002.
- AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma. *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza, 1996.
- AREILZA, José María de. «La vía española a la democracia». En *Cien artículos*. Madrid: Revista de Occidente, 1971. 168-172.
- CELA, Camilo José. *Mesa revuelta*. Madrid: Ediciones de los Estudiantes Españoles, 1945.
- . *Al servicio de algo*. Madrid: Alfaguara, 1969.
- . *Los sueños vanos, los ángeles curiosos*. Barcelona: Argos Vergara, 1979.

- . *Vuelta de hoja*. Barcelona: Ediciones Destino, 1981.
- . *El juego de los tres madroños*. Barcelona: Ediciones Destino, 1983.
- . *El asno de Buridán*. Madrid: Ediciones El País, 1986.
- . *A bote pronto*. Barcelona: Seix Barral, 1994.
- . *El color de la mañana*. Madrid: Espasa Calpe, 1996
- CELA CONDE, Camilo José. *Cela, mi padre*. Madrid: Temas de Hoy, 2002.
- FRAGA IRIBARNE, Manuel. *El desarrollo político*. Barcelona: Grijalbo, 1971.
- . *Legitimidad y representación*. Barcelona: Grijalbo, 1973.
- FUNDACIÓN CAMILO J. CELA. *La obra literaria de C. J. C.* Iria Flavia: Fundación Camilo José Cela, 2002.
- FUSI AIZPÚRUA, Juan Pablo. «La reforma Suárez». En *Memoria de la transición*. Santos Juliá, Javier Pradera y Joaquín Prieto, coord. Madrid: Taurus, 1996. 162-165.
- GARCÍA SAN MIGUEL, Luis. *Teoría de la transición. Un análisis del modelo español 1973-1978*. Madrid: Editora Nacional, 1981.
- GIBSON, Ian. *Cela, el hombre que quiso ganar*. Madrid: Aguilar, 2003.
- GOYTISOLO, Juan. *Cogitus interruptus*. Barcelona: Seix Barral, 1999.
- . *Pájaro que ensucia su propio nido*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2001.
- HOMENAJE A CAMILO JOSÉ CELA. *Cuadernos Hispanoamericanos* 337-338 (julio-agosto 1978).
- MEDINA DOMÍNGUEZ, Alberto. *Exorcismos de la memoria: políticas y poéticas de la melancolía en la España de la transición*. Madrid: Ediciones Libertarias, 2001.
- MERINO, Eloy E. *El nuevo Lazarillo de Camilo J. Cela. Política y cultura en su palimpsesto*. Lewiston: The Edwin Mellen Press, 2000.
- MOA, Pío. «Las fuerzas políticas en la transición española». En *La sociedad homosexual y otros ensayos*. Madrid: Criterio Libros, 2001. 249-275.
- MORÁN, Gregorio. *El precio de la transición*. Barcelona: Planeta, 1992.
- PERRUCA, Joaquín Esteban. *Lo que dijo en TVE Cela*. Madrid: RTVE, 1989.
- POLO GARCÍA, Victorino, ed. *La palabra en libertad. Homenaje a Camilo José Cela*. Murcia: Comisión V Centenario, 1991.
- RESINA, Joan Ramon. «Introduction». En *Disremembering the Dictatorship: The Politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy*. Amsterdam/Atlanta: Editions Rodopi, 2000. 1-15.
- RIDRUEJO, Dionisio. «C. J. C. en su retablo ibérico». En *A vueltas con España*, de Camilo J. Cela. Madrid: Seminarios y Ediciones, S. A., 1973. 7-14.

- RODIEK, Christoph, coord. *Homenaje a Camilo José Cela. Coloquio internacional de la Universidad de Dresde (11-12 de noviembre de 2002)*. Kassel: Edition Reichenberger, 2004.
- RODRÍGUEZ, Pedro. «Cela, 65 años. Escribe *Agonía, muerte y entierro de un general*, la gran novela de la transición». *ABC Internacional* 24/30-VI-1981: 4-5.
- ROY, Joaquín. «Teoría y práctica del periodismo de Camilo José Cela». En *Camilo José Cela: Homage to a Nobel Prize*. Joaquín Roy, ed. Coral Gables: University of Miami, 1991. 15-21.
- SUBIRATS, Eduardo. *Después de la lluvia. Sobre la ambigua modernidad española*. Madrid: Temas de Hoy, 1993.
- . *España: miradas fin de siglo*. Madrid: Akal, 1995.
- . ed. *Intransiciones. Crítica de la cultura española*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2002.
- . *Memoria y exilio. Revisiones de las culturas hispánicas*. Madrid: Losada, 2003.
- UMBRAL, Francisco. *Cela: un cadáver exquisito*. Madrid: Planeta, 2002.
- VILARÓS, Teresa. *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española (1973-1993)*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 1998.